

En medio del dolor más inhumano
 En contorno buscabas un asilo,
 Y en contorno encontrabas muy tranquilo
 El semblante del bárbaro romano.

Al espirar el Dios de los judíos
 Diste gemidos tristes y dolientes,
 Cual suelen las palomas inocentes
 En los sauces amargos de los ríos.

Y las manos blanquísimas torcías,
 Y las alzabas al tremendo cielo,
 Y no encontrabas á tu mal consuelo.
 ¡Cuán otra estabas en mejores días!

Todo á tu blando corazón aterra:
 Cercada estás de pálidos tiranos;
 Se palpan las tinieblas con las manos
 Los muertos se levantan de la tierra.

Un formidable terremoto acaba
 De esparcir el terror, y tú entre tanto
 Temblabas ¡ay! atónita de espanto
 Sobre el Calvario que de horror temblaba.

Tornando al cielo los tus ojos bellos
 Y entre las rocas puesta de rodillas,
 Enjugas en tus pálidas mejillas
 El llanto de dolor con tus cabellos.

Y al recibir al gran Jehová en tus brazos
 Todos estremeciéronse tus huesos,
 Y en mortal languidez ni darle besos,
 Ni tampoco pudiste darle abrazos.

Pero después le das ósculo ardiente
 Y mil abrazos que el amor demanda,
 Acariciando con tu mano blanda
 Sus muertos ojos y su helada frente.

¡Quién creyera al mirar á este hombre muerto
 Reclinado en el seno de su Madre,
 Que fuese el mismo resplandor del Padre,
 Y el Jehová del mar rojo y el desierto?

Del Gólgota no lejos algún día,
 Para vengar tan bárbaro delito,
 Pondrá sus tiendas el romano Tito
 Y entonces, ¡ay de la nación judía!

¡Ay de Jerusalem, que ya le espera
 Hambre, y matanza, y fuego pavoroso,
 La ceñirán de inmenso contrafoso,
 La ceñirán de sólida trinchera;

La estrechará feroz infantería,
 Y en medio del furor de la batalla
 Por la brecha entrarán de la muralla.—
 ¡Virgen, perdona á la nación Judía!

MEXICO.

Espléndido es tu cielo, patria mía,
De un purísimo azul como el zafiro,
Allá tu ardiente sol hace su giro,
Y el blanco globo de la luna fría.

¡Qué grato es ver en la celeste altura
De noche las estrellas á millares,
Canope brillantísimo y Antáres,
El magnífico Orion y Cinosura.

La Osa mayor, y Arturo relumbrante,
El apacible Júpiter y Tauro,
La bella Cruz del Sur, y allí Centauro,
Y tú el primero ¡oh Cirio centelleante!

¡Qué soberbios y grandes son tus montes;
¡Cómo se elevan hasta el alto cielo!
¡Cuán fértil, cuan espléndido es tu suelo!
¡Qué magníficos son tus horizontes!

Tus inmensas cadenas de montañas
Hendidadas por hondísimos barrancos,
Coronadas están de hielos blancos
Y en la falda dan humo las cabañas.

Mil espantosos cráteres se miran
En la cima de montes y collados,
Unos quedaron quietos y apagados,
Otros sus llamas con furor respiran.

Terrible es ver desde una excelsa cumbre
Allá abajo las negras tempestades,
Y brillar en las vastas soledades
De grandiosos relámpagos la lumbre.

El Popocatepetl y el Orizaba
El suelo oprimen con su mole inmensa,
Y están envueltas entre nube densa
Sus cúspides de hielos y de lava.

Allí los ciervos de ramosas frentes
El bosque cruzan á ligeros saltos,
Y entre los pinos y peñascos altos
Se derrumban las aguas á torrentes.

Tus volcanes de inmensa pesadumbre
Asombran con sus peñas corpulentas;
Braman entre sus bosques las tormentas
Y un cráter es su procelosa cumbre.

Globos de fuego arrojan de sus bocas,
 Columnas de humo y grandes llamaradas,
 Ardiente azufre, arenas inflamadas,
 Negro betún y calcinadas rocas.

Entónces se conmueve el fundamento
 De los montes azules, y en contorno
 A cien leguas se extiende de aquel horno
 El rudo y formidable movimiento.

El magnífico Dios de las naciones
 Al repartir al mundo su tesoro,
 "Tenga México, dijo, plata y oro,"
 Y en tí vertió sus opulentos dones.

De tristes cerros la nubosa cima
 Y en sus abismos la fecunda tierra,
 Ricos metales sin medida encierra,
 Que el hombre vil, más que el honor estima.

La Africa rica á quien el sol abruma,
 La Europa y Asia henchidas de grandezas,
 No tienen las espléndidas riquezas
 Que la patria que fué de Moctezuma.

A México el Criador en sus bondades
 Le ha dado un aire diáfano y sereno,
 Aguas hermosas, fértil el terreno,
 Verdes campiñas, ínclitas ciudades.

Mas ¡ay! que las ciudades que algún día
 Fueron su escudo y su brillante gloria,
 Sólo nos han dejado su memoria
 En sus escombros y ceniza fría.

Qué grato es ver los altos cocoteros
 Ceder al peso de sus frutos ricos,
 Y flotar sus flexibles abanicos
 Al soplo de los céfiros ligeros!

Hermoso es ver en la estación florida
 Altos naranjos exhalando aromas;
 Allí descansan tímidas palomas,
 Y la sencilla tórtola se anida.

Crece los espinosos limonares
 Bajo los tamarindos bullidores,
 Y entorno brotan delicadas flores,
 Y entorno silban anchos platanares.

Allá en Oaxaca embelesado admiro
 En la campiña fértil y lozana,
 Verdes nopales de esplendente grana,
 Hermosa cual la púrpura de Tiro.

En las selvas revuelan los zarzales,
 Merlas, tucanes de plumajes gayos,
 Encarnados y verdes papagallos,
 Tordos azules, rojos carcenales.

Colibrís mil de bullicioso vuelo,
De azules plumas, verdes y doradas,
Del viajero arrebatan las miradas
Como el arco magnífico del cielo.

En México plantó naturaleza
Bosques inmensos de arboles salvajes,
Bajo cuyos densísimos follajes
Se propaga intrincada la maleza.

Allí el tigre feroz de ojos altivos
Embiste al toro montaraz y al ciervo,
Y la sangre les bebe aquel protervo,
Les bebe á caños aún estando vivos.

Allí la boa gigantesca oprime
En sus inmensos círculos el tronco
Del ancho cedro, y su silbido bronco,
Se oye á lo léjos con terror sublime.

Y esa serpiente en su furor provoca
Al mismo tigre que al desierto espanta,
Y lo liga y lo estrecha y lo quebranta,
Y le hace echar la sangre por la boca.

Así en el mundo, en merecido pago,
El orgulloso al orgulloso doma,
Así en un tiempo la altanera Roma
Quebrantó la soberbia de Cartago.

En el desierto grave y silencioso,
Entre sus melancólicas palmeras,
Se deslizan las víboras ligeras,
O estánse quietas en fa'az reposo.

Terrible es ver aquel su atrevimiento,
Aquellos ojos como fuego puro,
Aquel mirar tan fijo y tan seguro,
Que infunden el terror y el desaliento.

Terribles son sus agitados cuellos,
Y aquella lengua rápida y vibrante,
Y aquel cuerpo tan agíl y ondulante,
Y aquel silbar que eriza los cabellos.

Allí revuelan losalcones vagos,
Y las gloriosas águilas se lanzan;
Y en su rauda volar la nube alcanzan,
O leves tocan los risueños lagos.

Juega aquí la zarceta y entretanto
El ánsar con estrépito se baña,
Miéntras el tordo en la flexible caña
Entona triste su sencillo canto.

Mil pájaros acuáticos azotan
Con sus alas la espléndida laguna
Y á la luz apacible de la luna
Nadan tranquilos, ó en el agua flotan.

La triste garza estólida se para
 Junto á la blanca flor de la ninfea,
 Y posada en un pié no se menea,
 Cual si fuera de mármol de Carrara.

Los soberbios nenúfares ofrecen
 Flores de oro y azul, bellas y ricas:
 Las espadañas con sus verdes picas
 Al fresco viento lánguidas se mecen.

En las selvas, abrigo de las fieras,
 Con las lluvias de fervidos estíos,
 Se ven crecer los bramadores ríos
 Que anegan y fecundan sus riberas.

Undoso corre el barbaro Mezcala,
 El selvoso del Norte, el Albarado,
 El soberbio de Lerma tan nombrado,
 Que las olas enturbia de Chapala.

Arranca el agua en su veloz corriente
 Palmas y sauces, álamos y pinos,
 Y envueltos en ruidosos remolinos
 Lanza sus troncos en la mar hirviente.

Así la vida pásase, y lijera
 En su curso á los hombres arrebatada:
 Van encantados con la orilla grata
 Y entran por fin al mar que les espera.

En las grandes sabanas á millares
 Vuelan libres sus bárbaros caballos,
 O quietos se apacientan con los tallos
 De blandas yerbas, sin temor de azares.

Al oír del salvaje el alarido,
 Al retumbar el trueno en los desiertos,
 Aquellos brutos ágiles é inciertos
 Corren haciendo un espantoso ruido.

Suelta la crín al viento vagaroso,
 Noble la frente, y levantado el cuello
 Grande su pecho, ardiente su resuello,
 Saltan la rambla, el valladar y el foso.

Mas ya escucho bramar tus huracanes
 Que cabañas sin cuento echan abajo,
 Y que arrancan los árboles de cuajo,
 Como si fueran tiernos arrayanes.

Nubes de polvo y de menuda arena
 Girando se levantan hasta el cielo,
 Y á lo lejos se extiende oscuro velo,
 Y el ancho bosque con el viento suena.

Se alzan las olas y los mares rugen,
 Y en las playas se azotan formidables,
 Mientras los gruesos y tirantes cables
 De los navíos con espanto crujen.

Pero cansada de volar mi mente,
Cedo al peso de tanta maravilla,
Y á quien el polvo sin vigor se humilla,
Y se anonada de rubor mi frente.

Más facil fuera de tus bosques grandes
Contar las hojas que arrebató el viento,
Enfrenar de la mar el movimiento,
O levantar la masa de los Andes;

Que pintar tus arroyos y tus flores,
Tus verdes campos y apacibles grutas,
Y tus perfumes y sabrosas frutas,
Y tus aves de espléndidos colores;

Y tus colinas y praderas gratas,
Tus soledades, lagos y bajíos,
Tus grandes montes y soberbios ríos,
Tus abismos é hirvientes cataratas.

Más ¡ay! que á tal grandeza y tanta gloria
Se mezcla involuntario el desconsuelo
De que nos sobreviva acá en el suelo
Un vil ciprés, indigno de la historia.

Es mi voto postrero, patria mía,
Pedirle al cielo que dichosa seas;
Pedirle al cielo que otra vez te veas
Como en un tiempo cuando Dios quería.

Él te devuelva tu riqueza y galas,
Y te enjague tus lágrimas hermosas,
Y te corone de laurel y rosas,
Y te cubra benigno con sus alas.

Trigo abundoso brote en tus llanuras,
Brotén las yerbas en tus verdes prados,
El llano y monte cubran los ganados,
Y al margen pasten de las aguas puras.

A tu seno retorne la alegría,
Se unan tus hijos con amante lazo,
Suelte las armas tu cansado brazo,
Como en un tiempo cuando Dios quería.

De la prosperidad, en fin la copa,
Benigno el cielo sobre tí derrame,
Mientras el mar enfurecido brame
Entre tus playas y la altiva Europa.

AL RIO DE COSAMALOAPAM.

Hoy ocupa parte de la población y casa donde nació el
Sr. D. Manuel Carpio.

SONETO.

Arrebatado y caudaloso río
Que riegas de mi pueblo las praderas,
¡Quién pudiera llorar en tus riberas
De la redonda luna al rayo frío!

De noche en mi agitado desvarío
Me parece estar viendo tus palmeras,
Tus naranjos en flor y enredaderas
Y tus lirios cubiertos de rocío.

¡Quién le diera tan sólo una mirada
A la dulce y modesta casa mía,
Donde nací, como ave en la enramada!

Pero tus olas ruedan en el día
Sobre las ruinas ¡ay! de esa morada,
Donde feliz en mi niñez vivía.

NAPOLEON EN EL MAR ROJO.

El sol estaba oculto detrás de las montañas
Que forman la cadena de Libia la arenosa,
Debajo de su tienda el árabe reposa,
Reposa el dromedario y el rápido corcel.
Se pierden en las sombras de pavorosa noche
De Tebas y de Menfis las ruinas estupendas;
Profundo es el silencio que reina allá en las sendas
Que van para las Palmas y Fuentes de Moisés.

En tanto Bonaparte camina silencioso,
En un caballo blanco por tristes soledades
Vecinas al Mar Rojo, pensando en las edades
Antiguas que pasaron, y nunca volverán.
Repasa en la memoria batallas y conquistas
De altivos Faraones, de griegos Tolomeos,
De bárbaros Califas, y piensa en los trofeos
Que bravos los cruzados lograron alcanzar.

Absorto en pensamientos gloriosos y sublimes
Camina por la playa del mar adormecido,

Del mar que en otro tiempo con hórrido bramido,
 Caballo y caballero, y carros se tragó.
 La noche se adelanta cubriendo de tinieblas
 El bárbaro desierto y el piélago callado;
 Apénas se distingue soldado de soldado,
 Apénas se distingue camello de bridón.

Del mar en la ribera tan solo se escuchaban
 De pájaros marinos los gritos lamentables,
 Pisadas de caballos y estrépito de sables,
 De tropas que seguían al ínclito adalid.
 En esta negra noche, en medio á tal escena
 Que pasa en el desierto ¿quién ¡ay! pensado habría
 Que Europa la orgullosa vencida en algún día
 Delante de aquel joven rindiera la cerviz?

En tanto sopla el viento y crece la marca,
 Levántanse las olas y braman y rebraman,
 Y en playas solitarias se estrellan y derraman,
 Y alcanzan al caballo del bravo general.
 La noche es espantosa y pálpanse las sombras,
 Incógnita es la tierra, perdido está el camino,
 Y crece la tormenta, y crece el torbellino,
 Ginetes y corceles no saben dónde están.

El férvido caballo del grande Bonaparte
 En medio del peligro salir del agua emprende,
 E indómito su pecho las anchas olas hiende,
 Y abiertas las narices relucha con el mar.

En tanto el jefe altivo descansa en su fortuna,
 Egipto está en su mente, Albión y toda Europa,
 El trono de Capeto y la aguerrida tropa
 Que lunas y turbantes impávido hollará.

Si alguna de las olas lo hubiera arrebatado
 Al fondo peñascoso del piélago profundo,
 ¡Qué llantos y suspiros ahorráranse en el mundo!
 ¡Qué incendios y matanzas ahorráranse también!
 Más Dios que allá á sus solas miraba los imperios
 Y mil y mil designios altísimos tenía,
 Sacó de entre las aguas al hombre que debía
 A pueblos y monarcas poner bajo su pié.

Sacólo de las ondas á fin de que su espada
 De Europa castigase los crímenes sin cuento,
 Los crímenes de un siglo soberbio y turbulento
 Que á todas las naciones de escándalo llenó.
 A Francia lo condujo, y á Italia floreciente,
 A Iberia belicosa, á la ilustrada Prusia,
 Al Austria formidable y á la potente Rusia;
 Y luego á Santa Elena, y ¡adios de Emperador!

LA LUNA.

¡Con qué tristeza sube de los mares
 Esa luna magnífica y radiosa!
 Baña las olas con sus luces bellas,
 Esta peña, esta playa silenciosa,
 Y mi triste semblante: las estrellas
 A distancias enormes la acompañan
 Semejantes á pálidas centellas.
 Todo en este lugar convida y mueve
 A suscitar recuerdos en el alma:
 La soledad, la noche, el aire leve;
 La silenciosa luna, el mar en calma,
 Y aquella triste y solitaria palma.
 ¡Oh reina taciturna de la noche,
 Consuelo del viajero y del amante!
 Al ver mis ojos esa luz serena,
 La mente se arrebatada delirante,
 Y recorre, afligida de su pena,
 Vastos desiertos, montes y bajíos,
 Mares inmensos, lagos solitarios,

Selvas calladas y soberbios ríos.
 Tú viste la catástrofe tremenda
 Del mundo primitivo, cuyos mares
 Estruendosos, saliendo de sus lechos,
 Sepultados dejaron grandes bosques
 De palmas antiquísimas y helechos,
 Y de árboles sin número, que el sabio
 Absorto mira, enmudecido el labio.
 Allá también en un olvido triste
 Descansando hoy enormes mastodontes,
 Lagartos y elefantes colosales
 Que arrebatados de las olas viste
 Soterrados quedar confusamente
 En medio de montones de animales.
 Siglos después estáticas te vieron
 Heliópolis, Palmira y Ecbatana,
 Y la famosa Tebas de cien puertas,
 Último esfuerzo de soberbia humana.
 ¡Cuántas veces bañó tu luz tranquila
 Sus palacios y templos y colosos,
 Sus altas torres y anchurosos muros,
 Sus ciudadelas y profundos fosos!
 Más hoy qué diferentes aparecen
 En medio de las vastas soledades,
 A tu luz celestial esas ciudades,
 Que hechura de gigantes me parecen!
 ¿Dónde estuvieron sus ruidosas plazas?
 ¿En dónde están sus reyes y su gente,

Y tanta vanidad y tanta gloria?
 Todo pasó cual rápida corriente,
 Y apenas queda su fugaz memoria.
 En las noches brillantes y serenas
 La víbora se enreda en sus columnas,
 O ciñe las estatuas eternas
 Cuando te vé salir de las lagunas
 O de los erizados espinales.
 El insecto contempla tu belleza
 Entre los cardos y verbena ruda
 Que nace en la arruinada fortaleza;
 Y el pájaro nocturno en su tristeza
 Desde el roto obelisco te saluda.
 Enterrados de Egipto en las arenas
 Miras los templos de Memnon y Osiris,
 Los enormes esfinges destrozados,
 Los inmensos y tristes propileos,
 Las tumbas de monarcas ignorados
 A pesar de sus grandes mausoleos.
 ¡Miserables pirámides fastosas,
 Menos soberbias que los vanos reyes,
 Cuyo polvo empañó sus anchas losas!

Ese disco tristísimo que incierto
 Entre las nubes lánguido se asoma,
 Ayer iluminó con rayo muerto
 El lago solitario de Sodoma.
 Brilló también en el glorioso suelo

Donde el Atrida se acampó y Aquiles;
 En donde estuvo la estruendosa Troya,
 Ora morada de ganados viles,
 Ni alumbras ya de esa ciudad, siquiera
 Los escombros del muro y la trinchera.
 Hoy con rayos tranquilos iluminas
 Risueños campos, dulces soledades,
 Lindos arroyos, fértiles colinas,
 Nuevos pueblos y espléndidas ciudades:
 Esta México rica y afamada,
 Esa París gloriosa con su ciencia,
 Y esa soberbia Londres tan hinchada
 Con sus grandes escuadras y opulencia.
 ¡Magníficas ciudades que algún día
 El tiempo ha de asolar á tu presencia!
 Sus pórticos, palacios, coliséos,
 Gimnacios y academias orgullosas,
 Sus grandes bibliotecas y muséos,
 Todo arruinado entre aguas cenagosas
 Servirá de morada en que se oculten
 Verdinegros lagartos y rapozas:
 Y las simples palomas con asombro
 Hácia otro rumbo torcerán el vuelo
 Al ver amontonado tanto escombros.

Allí en el fondo de ese mar que veo,
 Brilló también tu luz encantadora,
 Antes que el Ponto en grande bamboléo

Se volcara en la Atlántida potente.
 ¡Ay infeliz de su angustiada gente!
 Quizás ¡oh patria! ha de llegar el día
 Que estallen estruendosos tus volcanes,
 Y que agiten tu atmósfera sombría
 Relámpagos, y truenos, y huracanes.
 Verás ¡oh luna! que la ardiente lava
 Arrasa entonces en su curso undoso
 Los árboles, cosechas y ganados,
 Las ciudades y pueblos abrasados,
 Las cúpulas, los arcos y columnas,
 Los sabios y el ejército valiente.
 ¡Ay infeliz de su angustiada gente!
 ¡Cuántas naciones á su vez pasando
 Envueltas en las olas de la vida,
 En su viaje fatal te iban mirando
 También tú melancólica las viste
 Incensar á sus sátrapas y reyes,
 O bien oyando autoridad y leyes,
 Correr á hundirse en el sepulcro triste.
 A tu vista pasaban como nubes
 Mil pueblos y monarcas opulentos:
 Pasó Nemrod, Sesostris, y Darío,
 Alejandro y los Césares violentos;
 Y tú entretanto sin cesar rodando,
 De los mares te alzabas bella y pura,
 Y á los mares bajabas, relumbrando,
 O ignorada, tristísima y oscura.

Tú seguirías en lánguida carrera
 Circulando serena en el vacío,
 Al paso que otros reyes y otras gentes,
 A leyes invariables obedientes,
 Irán callendo sobre el polvo frío,
 Como las hojas pálidas del bosque
 Al rebramar el huracán sombrío.
 Ilumina mi lúgubre semblante,
 ¡Oh luna! y ten piedad de mi flaqueza,
 Si acaba así la espléndida grandeza,
 ¿Qué será de esta caña vacilante?